

PENÍNSULA ODISEAS

Me llamo Nueva York

Francesc Peirón

Aventura por el mapa de la geografía
humana de la Gran Manzana

Me llamo Nueva York

Francesc Peirón

Aventura por el mapa de la geografía
humana de la Gran Manzana

ediciones península

© Francesc Peirón Arqués, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2019

© de esta edición: Edicions 62, S. A. , 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 667-2019
ISBN: 978-84-9942-774-4

ÍNDICE

Preámbulo: Cenizas en el Hudson	11
1. La confesión de Renée	23
2. Derrick y Shabaka	35
3. El horchatero de Brooklyn	45
4. Ashrita puede con todo	57
5. ¿Quién era George Zambrana?	71
6. Simonez nunca dice no	89
7. Si miras debajo de la peluca	105
8. <i>Bad</i> hombres (y mujeres)	123
9. Tócala otra vez, Chicken	145
10. Caminante, se hace camino al andar	161
11. ¡Que le quiten lo bailado!	183
12. La dama de negro	201
13. Fred tiene una sorpresa para ti	219
14. Todo a la vista, salvo su identidad	237
15. Miss Subways	253
16. El rescatador de tesoros	269
17. El dilema: ¿hachas o bolos?	283
18. Vecinos	297
Agradecimientos	317

LA CONFESIÓN DE RENÉE

«Me avergonzaba decir que era una superviviente del Holocausto.»

Es la confesión de Renée. Décadas después de salir de Auschwitz y tras múltiples tribulaciones posteriores, esta superviviente logró su liberación personal haciendo lo que le parecía inimaginable, incluso en sueños.

Estamos de vuelta en el Upper West Side, la zona alta al oeste de Manhattan, que es donde se ubica el campo base de esta excursión por Nueva York; esto es, el apartamento con vistas al río en el que residí desde que me mudé a la Gran Manzana en agosto de 2009. A la salida de una de las estaciones de la línea 1 del metro, a un lado se halla Central Park, todavía invisible en la proximidad, y al otro corre el Hudson, por el que navega un carguero.

Al poco, el buque desaparece, en un recordatorio de que esto es una isla y de la fugacidad que caracteriza a la ciudad. Se está y se deja de estar. Las cosas existen y desaparecen. Unos vienen, otros muchos se van. Se requiere una buena memoria visual para recordar qué negocio había antes en ese espacio en el que han abierto una sucursal bancaria o una cafetería de cadena global con demasiado diseño y poco grano.

Esta es la peripecia de una mujer que llegó a la metrópolis estadounidense siendo adolescente, procedente de una Europa

que no existe. Hoy, cumplidos los ochenta y seis, se siente feliz en el Upper West Side, que abarca desde Columbus Circle hasta la Universidad de Columbia. «Este barrio me atrae, es más intelectual que el East. Para mí, este es el lugar», afirma Renée, de pelo rubio de peluquería, corto y rizado, de ojos todavía curiosos y sonrisa perenne. Al descubrirse todo por lo que ha transitado en su existencia, su optimismo resulta un acto de fe en la humanidad.

El Upper West Side, o UWS, que es como aparece en los medios locales y en las promociones de cualquier tipo, se calificó en un tiempo como «Moscú en el Hudson». Recibió esta denominación por la tendencia progresista, de izquierdas, que predomina entre sus residentes. Los republicanos lo utilizaron en sentido peyorativo, en una comparación con la Unión Soviética por la existencia de «un sistema de partido único». Los demócratas siguen ganando las elecciones con holgura en este territorio, incluso tras la caída del muro de Berlín y la desintegración, piedra a piedra, de la URSS.

Cada uno siente el barrio, el que sea, como algo personal, identitario. Lo mejor, lo más de lo más, es aquello que apela a uno mismo y a su pertenencia a un paisaje. Aquí, en esta área concreta, se dice que si Nueva York es el centro del mundo, el UWS es su corazón. En los tenderetes de sus aceras se amontonan los libros de viejo, con vendedores de no menos edad, gustosos de asesorar y conversar con los curiosos. En las ferias callejeras de los fines de semana se disfruta de sesiones de ópera en directo, como sucede en este preciso instante al pergeñar estas líneas.

Es un barrio de población rica, considerado aún una joya arquitectónica y cultural, que ilustra a la perfección esa dolencia colectiva denominada desigualdad social.

En ruta por la avenida Broadway, en dirección sur, el *homeless* del barrio —un tabloide sensacionalista lo inmortalizó a toda portada como «la lacra de la pobreza» en lo que se asemejó a una acusación criminal— se acurruca sobre una placa metálica, justo debajo

de los escaparates de una famosa marca de lencería de lujo. Da igual que llueva, nieve o haga sol. A él le gusta coleccionar zapatos rotos.

A cuatro calles se encuentra la sede de una agencia inmobiliaria. Por la noche, a la puerta de este establecimiento, a menudo se cobija una pareja sin techo. Cargan con todo lo que tienen en un par de carros de la compra, mientras en las fotografías se anuncian pisos en el UWS por 17,6 millones de dólares, «14 habitaciones, seis dormitorios». Una sola les bastaría.

El paseante percibe la presencia de muchos judíos, de los que lucen kipá, que, al igual que Renée, se ponen de los nervios al escuchar, solo escuchar, que Donald Trump es el presidente de Estados Unidos. Al para ellos innombrable se le ha de atribuir el demérito cierto de haber sembrado la cizaña entre los colegas del Zabar's.

Zabar's es una de esas instituciones que definen a este conglomerado urbano. No es uno de esos supermercados que ofrece coloridos escaparates exteriores con frutas, vegetales y flores, tan típicos de la Gran Manzana, a veces más aparentes que sabrosos. Huele a café molido. Su fachada es de inspiración tirolesa. En su interior laberíntico, carente de la estructura ordenada de las superficies modernas, se despliega uno de los recintos más tradicionales y admirados por *gourmets* y buscadores de *delicatessen*.

En uno de sus extremos, el que da a la esquina de la calle 80 (o la parada de la 79, en la línea 1), alberga un café-restaurant, con una sola mesa alargada en el centro. A diario, algo constatado al menos durante los dos mandatos de la presidencia de Barack Obama —aseguran que el rito arrancó hace tres decenios—, cada mañana se reunían unos parroquianos que forjaron su amistad mediante largas conversaciones. Desmenuzaban la prensa con la sabiduría de los lectores de alcance. Hablaban de lo terrenal y lo divino con la militancia de los activistas, de una y otra ideología.

Mister Philip S. Goodman, músico, dramaturgo, cineasta y publicista, ejercía de sabio, y no solo por cuestión de edad. Había vivido mucho. No explicaba historias de famosos porque otros se las hubiesen contado. No, sus relatos eran de primera mano.

Produjo numerosos anuncios y escribió y realizó documentales en televisión. Tuvo una incursión en el cine. En 1962 dirigió *We Shall Return*, cuya trama explica los avatares de un plan para derrocar a Fidel Castro. En una ocasión invitó a su casa a los colegas del Zabar's para una proyección de su film. Uno de los asistentes no ocultó su decepción. «Se echa de menos toda la brillantez que contiene su literatura», susurró.

Falleció en mayo de 2015, semanas antes de que Donald Trump hiciera oficial su campaña y él certificara con tristeza cómo sus amigos se disgregaban por culpa del «trumpismo».

«Cuando empecé a disfrutar de mis capuchinos de la mañana en Zabar's, de inmediato me sentí cautivado por este grande, fuerte, ruidoso, terco y fascinante caballero», dijo Todd Chanko durante su homenaje en el funeral.

«Siempre que me regalaba sus relatos sobre su encuentro con Marilyn Monroe en una puerta estrecha, sus jornadas con James Dean en The Actor's Studio, el rodaje de un documental en China o simplemente contándome la sopa o el *risotto* que había cocinado la noche anterior, Philip tenía la capacidad de hacer de su historia, mi historia», prosiguió Todd.

La desaparición del progresista *Mister* Goodman, además del hueco emocional, desequilibró la balanza hacia el conservadurismo, lo que, a la postre, condujo a unos cuantos a aventurarse en otros establecimientos a la hora del desayuno.

Aunque se ha roto el grupo, algunos de esos lugareños continúan cumpliendo con la cita. Cuatro veces por semana, en uno de los extremos de esa mesa, destaca la figura de Renée, que no ha desistido en su fidelidad.

Renée Feller creció en una ciudad que hoy es Ucrania —Rakhiv—, aunque antes fue Hungría (Rachiv), cuando ella nació pertenecía a Checoslovaquia (Rachov) y de nuevo figuró en Hungría bajo la denominación de Rahó. Ella hablaba húngaro en su hogar y salió de allí con pasaporte de Checoslovaquia, una vez acabada la Segunda Guerra Mundial.

Su familia, judía ortodoxa, disfrutaba de una vida confortable. Su madre, Bertha Zwecher, murió de una rara enfermedad cuando Renée tenía seis años. Su padre, Lewis Szobel, que se casó de nuevo con una prima de Renée, regentaba una panadería en Rachov.

El ejército húngaro, colaborador con los alemanes, ocupó su ciudad con la pretensión de convertir a los judíos en «esclavos laborales». Su padre y otros hombres de negocios de la ciudad se desplazaron a Budapest. Pensaron que allí estarían más seguros.

«Nunca más supe de él.»

En aquel continente convulso, su vivencia más terrible arrancó a los trece años. Discurría abril de 1944. Los apresaron a todos. «Nos metieron en un gueto y nos permitieron tener algunas posesiones. No sé si permanecemos días o semanas. Al descubrir dónde nos iban a llevar, empezamos a tratar de ocultar nuestras cosas. Muchos pensaron que el tubo de dentífrico era un sitio seguro para esconder las joyas, que eran muy importantes por su valor para nuestro futuro. Nadie pensaba en las cosas horribles que nos esperaban, y salvar los diamantes era esencial. Nos lo quitaron todo, incluido el dentífrico.»

De ahí los llevaron a una estación de tren. Ella estaba con su hermano, Erno, tres años y medio menor, su madrastra y otros familiares. Le quedó grabado el sufrimiento de su abuela, de ochenta y nueve años, al subirla a un tren diferente, una mujer pequeña a la que tuvieron que levantar los SS para meterla en ese vagón destinado al ganado.

«Es la última imagen que guardo de ella.»

El viaje se le hizo interminable. Tampoco disponían de la certeza sobre su destino. La visibilidad exterior era escasa. Iban amontonados. Sabía que Erno estaba en el mismo convoy, pero no lo podía encontrar. «No recuerdo qué ocurrió ahí dentro, era tan horrible que tuve un bloqueo, en mi mente hay un espacio en blanco.»

Fin del trayecto: Auschwitz (hoy Polonia). «No entendía nada de alemán, pero escuché a alguien en húngaro susurrarme que dijera que era mayor. Nos pusieron en una cola. Los de la Gestapo hacían la selección. Al preguntarme la edad, respondí que dieciocho años. No tenía ni idea, pero de forma inconsciente supe que hacía bien.»

—¿Por qué?

—Instinto de supervivencia. No estaría aquí.

La mandaron a la fila de la izquierda: los aptos para trabajar. A los destinados a la muerte los enviaban a la fila de la derecha. «A mi hermano le tocó. Era más joven y yo estaba más desarrollada. Fue mi manera de salvarme, mi coraje, estaba horrorizada.»

Les enfundaron el pijama de rayas, les raparon la cabeza. Les daban un trozo de pan y sopa. «Por hambrienta que estuviera, era incapaz de comer esa sopa.»

Pasó cuatro meses en el campo de concentración y exterminio. «Todo el tiempo hacían selecciones. Si te hallabas mal físicamente... Querían gente que pudiera trabajar. Mi principal ocupación era demostrar que me encontraba bien. A la que detectaban debilidad, te enviaban a la cámara de gas. Siempre sentía miedo.» Los levantaban a las tres de la madrugada. Recuentos y más recuentos. «Los alemanes eran muy metódicos y exactos.» También ejercían ese estilo a la hora de las ejecuciones masivas. «Yo sabía de las muertes, pero simulaba que no sabía, que no veía, y esto me ayudó a salvarme.»

Un día hubo una selección. Aunque pensó en lo peor, la enviaron a otro campo satélite para trabajar en una factoría de mu-

nición, en Geislingen. De seis a seis. Sería en septiembre. Tuvieron que hacer otra mudanza porque se acercaban los americanos. Oyeron disparos y bombas. Los metieron en un tren que los alejaba. En un punto se detuvieron y, de repente, del cielo empezaron a caer paquetes que lanzaban los aliados.

Hasta que el convoy se frenó definitivamente. «Vimos que los alemanes salían con las manos en alto.» Los americanos distribuían comida.

«Recuerdo las primeras palabras que aprendí en inglés, *go back* (retroceded), porque no disponían de suficientes alimentos y todos, al bajar de los vagones, nos abalanzamos sobre ellos para conseguir algo.» Los liberaron en los Sudetes, en abril de 1945.

Vinieron meses caóticos —o así lo cree— de estar en ningún lugar. Luego, diferentes organizaciones judías se implicaron en la asistencia y el asilo. A ella la conectaron con un tío, un hermano de su madre, que hacía unos años había emigrado a Nueva York, quien la reclamó. A él y su esposa ni siquiera los conocía. Durante el periodo de la tramitación permaneció en Praga.

Tenía quince años al desembarcar en su nuevo mundo, en diciembre de 1946.

«Me gusta Zabar's, por su café y porque hay gente interesante», comenta Renée. «Por la mañana —aclara—, por la tarde es diferente, vienen personas mayores a tomar sopa —se ríe—. Aunque soy una de esas personas mayores, me siento más cómoda con los jóvenes.»

El amplio ventanal del establecimiento, con sus taburetes, permite experimentar la sensación de estar mirando a través de una pantalla gigante. Un par de apuntes del entorno. En la acera de enfrente, a la altura de la calle 84, un edificio ostenta una placa. Reza así: «Edgar Allan Poe y su familia vivieron en una casa de campo ubicada en este mismo emplazamiento, durante 1844, donde acabó de escribir *El cuervo*».

Tal vez se han equivocado de especie o pretenden conjurar el mal fario, pero el inmueble se llama «Corte del águila». Y hay dos ejemplares, una a cada lado de la puerta.

Un poco más abajo, a la altura de la calle 79, queda tal vez el último dibujo a la vista que sobrevive del mes de «residencia» clandestina en Nueva York que realizó el grafitero Banksy, mito y figura de culto, o de todo lo contrario.

Sucedió en octubre de 2013. Sus acciones provocaron procesiones de fans en búsqueda de su obra diaria, la movilización de los grafiteros locales —dispuestos de inmediato a emborronar la composición del intruso forastero—, y la persecución de la policía para descubrir la identidad y detener al «vándalo» que se esconde bajo ese alias.

Hubo creaciones que fueron destruidas, otras que los dueños de las paredes arrancaron de cuajo pensando en futuras subastas y otras que perduran tan protegidas —en el Bronx, «Ghetto 4 Life», y en East Williamsburg (Brooklyn), las dos Geishas— que no se divisan.

El Upper West se despertó un domingo con la huella de Banksy. A la que se propagó la noticia por la red, la concurrencia se convocó frente al «niño con martillo», en gesto de darle a la boca de incendios (real) contigua. ¡La que se organizó! Los admiradores, equipados con las cámaras, lograron parar de malas maneras al que iba armado con el bote de espray y la evidente intención de destruir a la criatura pintada en negro.

Saul Zabar, copropietario con su hermano Stanley del supermercado y también de este otro edificio transformado en lienzo, puso de guardia a dos empleados, hasta que otro operario instaló una placa de plástico transparente como escudo. A la jornada siguiente, la instalación apareció con una pintada en letras rojas: «Dejad que la calle decida».

El señor Zabar hizo caso omiso. Ordenó limpiar ese mensaje. A pesar de las muescas de la intemperie, el niño mantiene el martillo en alto.

A Renée, el impacto de la meteorología vital también le ha dejado la marca de sus golpes. Tras alejarse de la Europa trágica, cargando nada más que sus heridas, el país de acogida tampoco resultó ser el paraíso. De trauma en trauma, ha pasado por múltiples estragos y largas sesiones de terapia. Pero continúa erguida, sin ceder un ápice al desánimo.

«No era un lugar muy bueno para vivir, dormía en el pasillo», recuerda de su llegada al apartamento de sus tíos, de una sola habitación, en el Bronx.

La dificultad que suponía convivir en esa situación la llevó a pedir ayuda al servicio social. La enviaron a una residencia para chicas judías en la calle 63, en el lado este de Manhattan. Contrajo matrimonio a los dieciocho.

«Estaba ansiosa por casarme, deseaba tener mi propia casa.»

Conoció a Kurt en un café de Central Park West. Él, algo mayor que ella, le pidió para bailar. Kurt, con el que pronto alumbró a su hija Barbara, tenía un problema emocional. Era bipolar y el matrimonio se convirtió en una montaña rusa. Un hombre inteligente, educado, amable, mutaba en un ser de temperamento violento. «Fue una vida difícil», confiesa. Residían en el 195 de Claremont Avenue, por debajo de la calle 125, cerca del Hudson.

De viaje de negocios, a Kurt lo detuvieron en Salem (estado de Nueva York) por un asunto de tráfico. Una vez en el calabozo, intentó pegar fuego al edificio. Lo enviaron a un hospital psiquiátrico. Ella se divorció.

A Renée, ávida de novedades, le dio por aprender a patinar sobre hielo. Y ahí conoció a Steven, que, a los pocos meses, sería su segundo marido. Un apasionado de la música. Se instalaron en la calle 191, al norte de Manhattan, en el barrio de Inwood (hoy bajo la amenaza de las inmobiliarias y el jaque a los vecinos de toda la vida).

Alumbró otras dos hijas, Alicia, que nació con síndrome de Down, y Pamela. Steven montó su negocio de gestión de edificios y, cuando parecía que iba a despegar, un cáncer de pulmón —era un fumador empedernido— lo aniquiló de forma fulminante.

Tras dieciséis años de matrimonio, Renée se volvió a casar por tercera vez al poco tiempo. Con Bob se mudaron a la calle 86, entre las avenidas Columbus y Central Park West, donde siempre había querido estar, «a un apartamento grande, con portero», aunque en aquella época no era una zona tan codiciada como ahora. Ella realizó diversos cursos y montó un despacho como terapeuta.

Fue su convivencia más larga, treinta años. Bob, licenciado en Derecho, que trabajó para una corporación y para el ayuntamiento de Nueva York, murió de súbito de un ataque al corazón, dentro de un ascensor, una vez concluida la jornada laboral —«se retiraba y de nuevo volvía a trabajar»— haciendo el camino de regreso al hogar.

Antes de su defunción, Bob le abrió a Renée las puertas a lo inimaginable. El marido, que no podía parar quieto, decidió ingresar en la escuela de rabinos. Una vez que se ordenó, empezó a officiar casamientos. Las parejas iban a su piso, para las entrevistas previas, y a Renée, que no había sido muy practicante, le empezó a atraer el judaísmo, la sinagoga. Acompañaba al marido a las ceremonias. ¿Por qué no ser rabina?, se planteó ella. «Siempre me ha gustado emprender cosas nuevas, sé escuchar y soy muy curiosa.»

Se ordenó poco antes de que Bob falleciera en octubre de 2000. Su súbita desaparición le dejó una lista de casamientos pendientes. Los asumió Renée.

Esa reorientación de su vida tuvo un efecto terapéutico y supuso su reconciliación con el pasado. «No le decía a nadie

que era judía. Lo ocultaba, no quería ser vista, prefería estar escondida», relata como herencia de su experiencia en el campo de concentración.

«Al celebrar los casamientos, de pie en ese escenario, frente a decenas de personas, ya no tenía que decir si era judía o no. Está a la vista, lo ven. Aprendí que cada vez que oficiaba una boda, me quitaba otra capa, me limpiaba. Ya no tenía que esconderme. Me liberé.»

Una vez cumplidos los compromisos que su marido había adquirido, Renée temía que nadie acudiera a solicitar sus servicios. Pero el boca a boca funcionó y no paró de recibir peticiones.

«Soy una rabina inusual», se carcajea.

Y dispone de argumentos para sostener su afirmación. «Caso sin importar la religión; judíos con católicos, judíos con islámicos, judíos con sij, de diferentes culturas y confesiones», señala. Incluso celebró la ceremonia, acompañada por un sacerdote, de un judío con un creyente del zoroastrismo.

En una ocasión unió a sij con hindú. Después de que estos buscaran en vano a alguien que formalizara su relación, dieron con Renée Feller. «No les hablo de religión, les hablo del amor. Hago indagaciones sobre cómo se celebra el amor en sus religiones y te sorprende constatar que existen muchas similitudes.»

Gracias a la proyección de Nueva York y a su capacidad de conectar, sus celebraciones interreligiosas e interculturales van más allá. Ha alcanzado el rango de rabina internacional. Ha ido a diversos países de América y Europa. No olvida su primer «viaje largo». Coincidió que era una boda en Alemania, el país que la torturó. «Había pasado medio siglo desde que salí de allí, desde el Holocausto. Estaba asustada. Una vez en Alemania, la gente me trató con una gran atención, me hicieron sentir especial. Esa era una nueva generación, jóvenes que no tenían nada que ver con lo que pasó. Regresé con la idea de que no nos podemos mover por el odio.»

Entre sus méritos figura el que fuera una de las primeras en casar a parejas del mismo sexo. Su debut en el extranjero en este terreno se produjo en Sitges, en la costa barcelonesa del Garraf. Unió a dos hombres, los dos estadounidenses, uno judío y otro cristiano. «Me gusta casar a los homosexuales, aprendo de ellos, sin juzgarlos.»

A partir de 2000 vivió sola en su gran apartamento de la calle 86. Pero en 2013 sufrió una crisis de salud. Aquel lugar era demasiado grande para ella. Tras mudarse al Upper East, echaba de menos su territorio. Regresó. Ahora reside en la 104, en la confluencia con West End.

Su hija Barbara, aquejada de bipolaridad como su padre, falleció, o se abandonó a la muerte, hace casi seis años. Alicia sigue en un centro de atención especial, y con Pamela, residente en Staten Island, existe cierta distancia, más que física.

Sin embargo, Renée continúa a flote. Tres veces por semana baja al barrio de Chelsea a sus clases de taichí. «Es un ejercicio que va muy bien a mi mente, me da calma, es como una meditación en movimiento», suspira, toda de azul oscuro, con un pañuelo al cuello haciendo juego y lunares blancos. Hecha un pincel.

Y cuatro días a la semana se sienta en la cafetería de la esquina de Broadway con la calle 80. Su relato de supervivencia es un antídoto contra los prejuicios. Su presencia, un imán para los parroquianos.

En una de las paredes cuelga la foto de Saul Zabar junto al niño del martillo de Banksy. Al lado, la imagen de Renée, en la portada de su libro, *From Auschwitz to Zabar's: A True Tale of Terror and Celebration*.

En Nueva York, por la persistencia de esos prejuicios, hay otras historias de terror y celebración. Estaba a punto de descubrir alguna más.